

El océano Pacífico. Una visión histórica*

Mario Barros van Buren

EL MAR DE LAS MIL CULTURAS

*M*enos ante un escenario de cerca de 180 millones de kilómetros cuadrados, a cuyo alrededor habitan todas las razas del mundo, con expresiones de todas las culturas y de todas las religiones existentes; una extensión de agua superior a todas las tierras del planeta, dos veces más grande que el océano Atlántico, en torno al cual vive más de la mitad del género humano: El océano Pacífico.

El investigador retrocede con humildad ante una cuenca que concentra en sí misma una parte decisiva de la historia del hombre y de la cual sabemos muy poco. Apenas hemos resbalado sobre su superficie marítima y nuestro conocimiento sobre sus fondos marinos, su climatología, sus recursos minerales y energéticos son aún rudimentarios. Sin embargo, en torno a este escenario y en la superficie de su inmensa amplitud se concentra hoy la mayor densidad económica del mundo; allí se ha producido el mayor nivel de crecimiento de nuestro siglo y el más poderoso mercado consumidor.

Sentado en primera fila ante este escenario impresionante y formando parte del proceso que en él se lleva a cabo, está Chile. El océano Pacífico, que besa nuestras costas en más de 4 mil kilómetros de extensión, representa para nuestra patria y nuestro pueblo una especie de destino marcado, una invitación fer-

vorosa y, al mismo tiempo, una gran responsabilidad. El océano Pacífico es una prioridad gravitante, por encima de cualquier consideración ideológica, económica o afectiva. Es un deber establecido por la historia.

Seis siglos antes de la era cristiana los pueblos del oriente oceánico comenzaron a moverse hacia el interior de esta vasta superficie marítima, buscando tierras nuevas, climas mejores, mayor seguridad. Ya en el siglo IV a.C. los melanesios y los polinesios han tomado posesión de las grandes islas, han cruzado con medios primitivos las inmensas distancias que marcan la geografía del océano y se han establecido en los epicentros desde los cuales han de salir, más tarde, sus expediciones radiales en busca de nuevos horizontes y de mejores condiciones de vida.

¿Quiénes forman estas razas que hoy constituyen la base de la estructura etnográfica del Pacífico?

Los melanesios tienen un origen afroasiático. Son, por esencia, guerreros y pescadores. Los polinesios, provenientes también del Asia, reconocen una raíz malaya, diluida a lo largo de los siglos y transformada por el clima y por su régimen de vida; igualmente son pescadores, pero por encima de toda otra actividad son navegantes. El área que cubren sus migraciones es tan extensa que resulta difícil creer que con los medios técnicos de su tiempo pudieran haberla descubierto. No obstante, lo lograron.

Mientras los melanesios, más resistentes y

* Ponencia del autor en el seminario "Presencia de Chile en el océano Pacífico", organizado por el Centro de Estudios Estratégicos de la Armada y la Universidad Marítima de Chile, realizado el 28 y 29 de julio de 1993 en Valparaíso.

feroces, se afirmaron en las tierras obtenidas, los polinesios se desplazaron hacia los extremos del océano Pacífico, eludiendo las invasiones que otros pueblos de mayor cultura o de mayor poder efectuaron en los siglos VI y VII de nuestra era. Estos pueblos fueron los chinos y sus parientes los thais, que comenzaron a explorar y a ocupar las áreas terrestres del gran océano, cuando todavía Europa era una transición sombría entre las invasiones bárbaras y los despojos de la vieja cultura grecorromana.

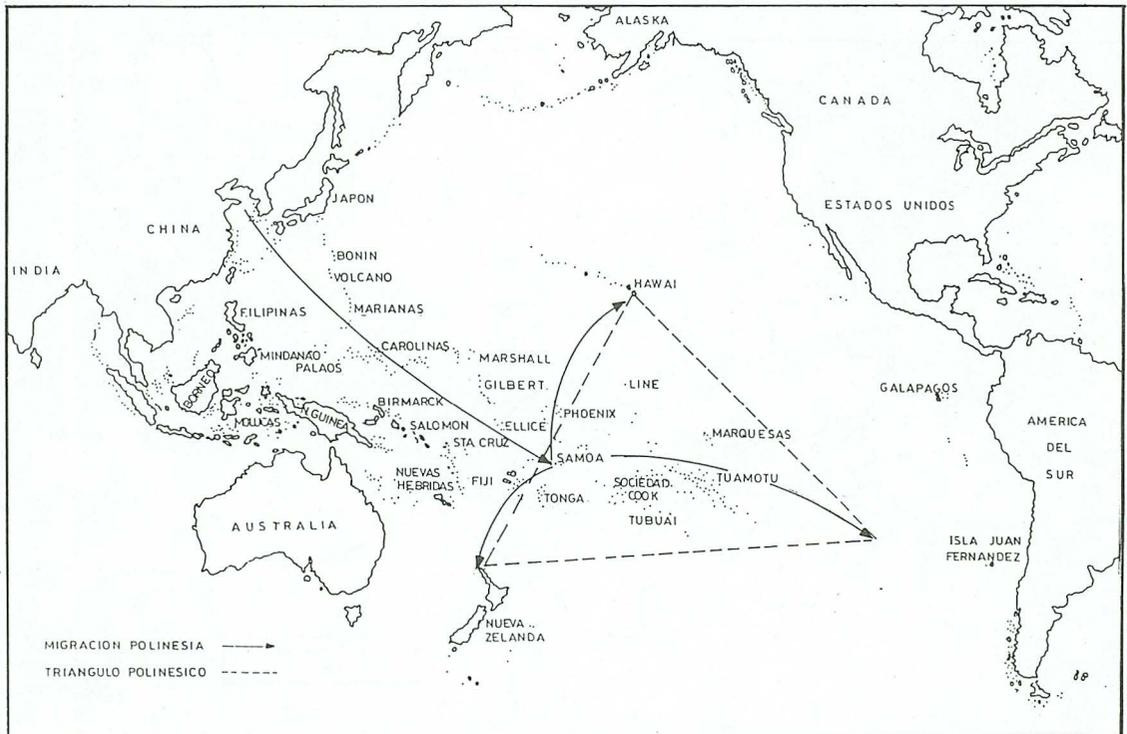
Estos nuevos invasores traían consigo una cultura muy alta y un progreso técnico admirable, pero substancialmente distinto a los valores espirituales de los polinesios. La tradición cuenta que desde Samoa partió el éxodo de estas razas hacia los cuatro puntos cardinales de la periferia oceánica. Por el norte llegaron a las islas de Hawai, por el sur hasta las islas de Cook y Nueva Zelanda y por el este hasta la solitaria Rapa-Nui, después de poblar el archipiélago de Tahiti. Se ha formado así el gran triángulo polinésico que hoy nos asombra, cuyas manifestaciones habrían de influir fuertemente en los pueblos vecinos, sirviendo —al mismo tiempo— de recios lazos de unidad entre aquellas comunidades dispersas por todo el

océano Pacífico y separadas por miles de millas marinas.

LA HORA DE ESPAÑA

El año 1513, Vasco Núñez de Balboa admiró por primera vez el océano Pacífico y toma posesión de él en nombre de los reyes católicos. Apenas siete años más tarde, un portugués al servicio de España, Hernando de Magallanes, une con sus naves los océanos Atlántico y Pacífico y navega éste en casi toda su extensión, para morir en él. Su expedición es la primera en dar la vuelta al globo terrestre y llevar a la Corte española la nueva de este inmenso mundo que, al decir de aquellos valerosos navegantes, se encuentra abierto al expansionismo español, no sólo para las perspectivas comerciales sino también para la propagación de la fe cristiana.

El siglo XVI es el de la hegemonía española. Son sus velas, con sus rojas cruces de Malta y los pendones morados de Castilla los que han de lanzarse, con un ímpetu irresistible, hacia esos horizontes desconocidos para el europeo y a la conquista de estos pueblos sencillos y



que irá dando al océano Pacífico la dimensión geográfica y la profundidad científica que el mundo pedía.

EL COLONIALISMO

El colonialismo en África, Asia y Oceanía es una de las características del siglo XIX y la consecuencia casi ineludible de la Revolución Industrial. El formidable avance de la técnica exigió a las industrias del Viejo Mundo tres urgencias inseparables: Materias primas, transportes seguros y mercados consumidores.

La obtención de materias primas requirió, como base fundamental, de mano de obra barata y un sistema de seguridad que garantizara el trabajo sin el sobresalto de amenazas exteriores. Los países de ultramar ofrecían mano de obra barata, sin necesidad de recurrir a la esclavitud, aunque en algunas regiones del África negra resultaba difícil distinguir la una de la otra. El imperativo de la seguridad fue la base de los ejércitos coloniales, de las grandes flotas de guerra y de la activa acción diplomática destinada a conseguir, por medios pacíficos, las ventajas comerciales que las naciones necesitaban.

Al conjunto de estas políticas coordinadas le fue dado el nombre genérico de "imperialismo", cuya esencia era, en el fondo, el ejercicio del poder internacional de una nación sobre otra, ya fuese éste militar, naval, económico, político o cultural. Toda nación europea fue imperialista, unas más que otras, a la medida de sus fuerzas. Al cerrar el siglo, otros dos países habrían de agregarse al imperialismo tradicional: Estados Unidos y Japón.

El imperialismo ha sido visto siempre bajo un prisma negativo y no hay duda que se prestó a abusos irritantes y a injusticias internacionales que el progreso de las naciones no podía aceptar. Pero tuvo también aspectos positivos que conviene mencionar.

El primero fue el desarrollo económico de las tierras colonizadas, lo que significó un mejoramiento ostensible de los niveles de vida de esas poblaciones y, en algunos casos, el término de costumbres primitivas que afectaban la salud y la supervivencia de los pueblos.

La segunda ventaja fue el progreso científico. Al amparo de la colonización fueron efectuadas investigaciones técnicas y sanitarias de gran valor, ensayados cultivos nuevos en mejores condiciones y se buscó mejorar la higiene y la profilaxis ambiental, en términos notables.

El tercer aspecto fue la prédica religiosa.

Con todas las dificultades y, en ocasiones, el fanatismo con que esta actividad fue llevada a cabo, es indudable que depuró a las sociedades primitivas de muchos ritos sangrientos o anti-naturales que las diezmaban implacablemente.

Todo esto tuvo un efecto importante en el océano Pacífico. En 1883 fue firmado en Berlín el Segundo Tratado de Distribución Geográfica, por el cual las grandes potencias procedieron a fijar las áreas de influencia de su política en el gran océano y su dominio sobre aquellas islas y tierras continentales que consideraban propias.

Este tratado rigió hasta 1920, año en que la Liga de las Naciones entregó las posesiones alemanas en fideicomiso a Francia, Inglaterra, Japón y Australia. Esta situación duró hasta la Segunda Guerra Mundial, fecha en que empezó el proceso descolonizador.

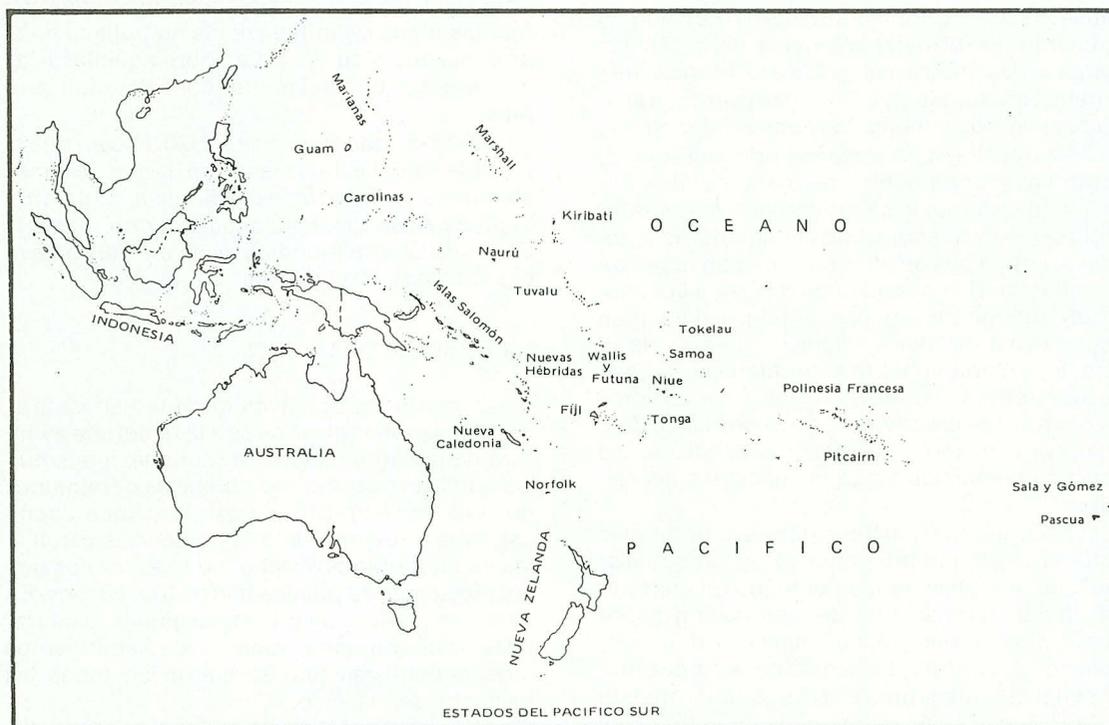
LA DESCOLONIZACION

Uno de los objetivos que tuvo en vista el Imperio japonés al lanzarse a la temeraria aventura de la Segunda Guerra Mundial, fue expulsar a los europeos como potencias dominantes en Asia-Pacífico. Si bien es cierto que Japón aspiraba a reemplazar a las potencias coloniales en su propio provecho, no lo es menos que los efectos de su política fueron los mismos. En 1946, de grado o de fuerza, las potencias europeas debieron ceder lugar a los sentimientos independentistas que surgieron en todas las naciones del Pacífico.

En rápida sucesión fueron apareciendo los nuevos Estados. En 1962 se independiza, bajo una forma monárquico-parlamentaria, la antigua Samoa alemana; en 1965, Nueva Zelanda otorga al archipiélago de las Cook un régimen de autonomía administrativa; en 1968 la isla de Nauru; en 1974 se independizan Niue y Tokelau; en 1975, Australia pone fin al fideicomiso sobre las islas de Papúa y Nueva Guinea y las une en una sola nación; en 1976 se independiza el archipiélago de las Fiji, tal vez el más importante de los Estados-Islas en el cuadrante sur-occidental del océano Pacífico; en 1976, Gran Bretaña pone fin al protectorado que ejercía sobre las islas del reino de Tonga; en 1978 se independizan las islas Salomón y el archipiélago de las Ellice pasa a constituirse en una monarquía parlamentaria con el nombre Tuvalu; en 1979 el archipiélago de las islas Gilbert se acoge al régimen de autonomía, naciendo el Estado de Kiribati; en 1980 las legendarias Nuevas Hébridas se convierten en el Estado de Vanuatu.

Francia, que de una manera u otra se había visto menos afectada por la guerra en sus posesiones del Pacífico, logró escapar del vendaval de la descolonización, dando a sus posesiones de la Polinesia un régimen de igualdad con las provincias mediterráneas. Es así como

el archipiélago de Tahiti y las Marquesas, Nueva Caledonia, Wallis y Futuna pasaron a ser parte integral de la Francia metropolitana, aunque algunas de ellas iniciaron activos movimientos separatistas, sin resultados inmediatos.



Estados Unidos estableció en 1898 un sistema colonial en las islas Filipinas, en Samoa del Norte y en Guam. Después de la Segunda Guerra Mundial Filipinas emergió como Estado independiente, bajo una forma republicana. En 1959 el archipiélago de Hawai fue convertido en Estado de la Unión norteamericana; en 1976, Estados Unidos firmó acuerdos de Libre Asociación con las islas Marianas del Norte y en 1984 con Palau, con la Micronesia y con las islas Marshall, posesiones que ocupaba desde la Segunda Guerra Mundial.

Corea se independizó del Japón en 1946, dividiéndose en dos países, uno bajo el régimen comunista, controlado por China, y el otro bajo una forma autoritaria protegida por Estados Unidos.

La antigua Indochina francesa se dividió en 1954 en los Estados de Vietnam del Norte, Vietnam del Sur, Laos y Cambodia. Los otros

Estados del área (Birmania, Tailandia y la Unión de Malasia) eran protectorados más o menos autónomos antes de la Gran Guerra. Inglaterra favoreció la autonomía de Singapur, hoy república independiente.

El 2 de noviembre de 1949 el reino de Holanda firmó, con las fuerzas autonomistas de Indonesia, un acuerdo que ponía término a los tres siglos de dominio de aquél sobre los antiguos territorios de Sumatra, Java y Borneo. Indonesia adoptó una forma republicana federal y democrática, para transformarse en 1959 en una república unitaria y de carácter autoritario.

Australia y Nueva Zelanda nacieron como colonias británicas, pero al comenzar el siglo XX fueron transformadas en Dominios, con un apreciable régimen de autonomía, y más tarde en naciones independientes, dentro de la Co-

munidad Británica de Naciones, bajo un sistema de gobierno monárquico y parlamentario.

La isla de Pascua es una provincia chilena desde 1888 y la isla de Pitcairn es aún una colonia británica, gobernada desde Nueva Zelanda.

PRESENCIA DE CHILE EN EL PACIFICO

Una posición geopolítica

El escritor rumano Vintilia Horia escribió una vez: "El día que le pregunté a Toynbee acerca de los países que, según él, tenían más posibilidades para insertarse correctamente en el futuro, me dijo: Canadá, Japón, Méjico y Chile. Sigo sin comprender por qué Méjico y no comprendí por qué Chile. Ahora sí lo entiendo. Chile se define por el océano, como Rumania se define por la estepa. Son dos vecindades peligrosas, pero dos de las realidades de las que los pueblos no pueden prescindir. La respuesta a esta incitación sigue produciéndose, con la diferencia de que Rumania está a punto de desaparecer bajo el alud estepario, mientras que Chile, como Portugal en los siglos XV y XVI, cuando Castilla le prohibió el acceso a Europa, se lanzó a la conquista de otra inmensidad. Es impresionante el afán de conquista de los chilenos. Su territorio de 700 mil kilómetros lo están multiplicando por diez, y la transformación que el país vive en estos momentos está apasionadamente relacionada con esta nueva idea de espacio nacional. El Pacífico, contemplado desde los oteros de la bahía de Valparaíso, es una lección de futuro, como el Mediterráneo para los griegos homéricos, una invitación al poderío y al crecimiento. Nada es aleatorio y azaroso en las decisiones de los seres humanos. Australia, Japón, Estados Unidos y Chile forman el cuadrilátero futurible e inevitable"¹.

El escritor rumano hizo un buen diagnóstico de la gran tarea que aguarda a los chilenos en lo que queda de este siglo y en el transcurso del próximo. El Pacífico es el campo de expansión natural de nuestro desarrollo y la única área geográfica del mundo donde aún tenemos una cierta libertad de acción y, en algunas zonas, una posibilidad presencial casi exclusiva, por lo que toca al mundo iberoamericano.

La intención de este trabajo es definir esta responsabilidad geopolítica de Chile, la que debe ser asumida a través de los canales políti-

cos, diplomáticos, comerciales y navales, sin que ninguno excluya a los otros.

Chile está situado geopolítica y geográficamente de cara a esta enorme superficie oceánica de casi 180 millones de kilómetros cuadrados. Nuestro país es una larga cornisa de 4 mil kilómetros de longitud, trazada en declive por el respaldo de la cordillera de los Andes, como si fuese una invitación para que el pueblo chileno oriente su vida futura hacia el mar que lo ciñe. En 1888 la visión del Presidente Balmaceda avanzó una proa estratégica hacia la isla de Pascua, trazando una ruta que los gobiernos posteriores no continuaron, pero que nos puso en contacto, por primera vez como nación, con la gran cultura polinesia. Sin embargo, nuestra presencia en el océano Pacífico venía de mucho antes.

Una historia maestra

Chile nació bajo una visión oceánica. El primer europeo que puso sus ojos en nuestras costas, Hernando de Magallanes, lo hizo buscando una comunicación marítima entre el Atlántico y el Pacífico y dando a nuestro país, desde antes de su colonización, una orientación geopolítica que había de marcar su historia hacia el sur antártico y hacia el oeste oceánico.

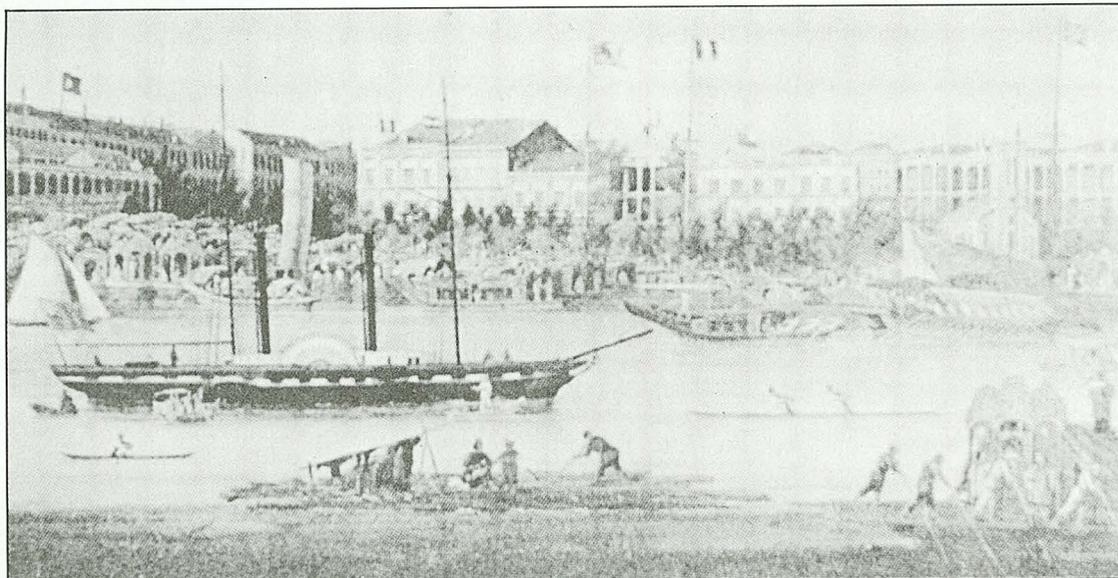
Ya en los siglos XVII y XVIII los viajeros europeos se sorprendieron al ver fondeados en Talcahuano barcos procedentes de China y de las Filipinas. Desde nuestro país zarparon, después de hacer escala en su travesía del Atlántico, casi todas las expediciones científicas que el Viejo Mundo envió para conocer esa vasta región del planeta, sus pueblos, su naturaleza y sus recursos. Existen fundadas razones para pensar que importantes descubrimientos realizados en el Pacífico sur —como el de Nueva Zelanda— fueron efectuados desde Chile, con buques y tripulaciones de nuestro país.

Desde 1855, barcos de bandera chilena recorrieron las áreas comerciales de la Oceanía, y la Casa Eyzaguirre —de Valparaíso— mantuvo un servicio permanente con Tahiti y Australia, el que fue incrementado veinte años más tarde al ser descubierto oro en el último dominio y abrirse así el llamado "camino del trigo" para las exportaciones chilenas. Nuestra moneda circuló como válida en toda la cuenca del Pacífico y fueron establecidas agencias chilenas de comercio en Shangai y en Hong Kong.

¹ **Horia, Vintilia:** Citado por el Almirante Juan Carlos Toledo De la Maza en su artículo "Mar Presencial", Col. Opinión N° 9, Instituto de Estudios del Pacífico, Universidad Gabriela Mistral.

Entre 1874 y 1888 fueron abiertos consulados honorarios en Auckland, Sydney y Papeete y en 1889 fueron iniciadas nuestras relaciones diplomáticas formales con China y Japón, esta-

bleciéndose una Legación en este último país y Consulados Generales en ambos. Chile fue el primer país latinoamericano que dio este paso de tanta trascendencia.



Enclaves comerciales en Cantón, China, en 1840. Oleo de pintor chino anónimo. Nótese la bandera chilena entre las de otras potencias

A comienzos de siglo hubo ideas audaces y clarividentes de crear centros y depósitos de distribución del salitre en puntos estratégicos del Pacífico, como Fiji, Filipinas o Shangai. Pero la Primera Guerra Mundial y la crisis del nitrato, que la siguió, mataron todas esas iniciativas. Faltó además una política de Estado, sostenida y coherente, en relación a nuestra política exterior en el área.

La inevitable rotación de gobiernos fijó nuevas prioridades a los siempre escasos recursos fiscales.

En 1974, debido a las circunstancias políticas internacionales que rodearon el cambio de gobierno en Chile y a la visión diferente que las nuevas autoridades tenían de las tareas y objetivos diplomáticos del país, fue reabierto lo que podríamos llamar "una política hacia el Pacífico". Fue un proceso lento y difícil, pues requirió de vastos recursos y de una visión sostenida que diera a esta política un sentido prioritario;

ambos requisitos no siempre se dieron, pero fueron hechos grandes avances. En dicho año Chile tenía en la cuenca del Pacífico asiático tres Embajadas y un Consulado General; en 1989 ya poseía diez Embajadas residentes y 16 concurrentes, más un Consulado General autónomo en Hong Kong. A esto es preciso añadir seis oficinas comerciales dirigidas por la Dirección de Relaciones Económicas Internacionales de la Cancillería. No se incluye aquí ningún país del océano Pacífico americano.

Chile es miembro de la Conferencia de Cooperación Económica del Pacífico y mantiene presencia en otros organismos regionales.

La actividad comercial de Chile en el océano Pacífico es cada día más importante. Las cifras indican que el futuro de nuestra política exterior debe orientarse hacia esa área emergente, tal como lo previeron, sin ser escuchados, las mentes clarividentes de Portales y Balmaceda.

* * *